

EN NUEVA YORK

El General Maceo no se desanima, aún tiene esperanzas de reanudar de nuevo la lucha y decide partir para Nueva York, ante el fracaso ruidoso de Jamaica.

Celebra una íntima conversación con el Dr. Félix Figueredo, su máximo consejero. Éste se le muestra por primera vez pesimista. Entre el jefe insurrecto y su médico sigue un extenso diálogo en que las ideas están encontradas. El General Maceo alienta entusiasmos sin igual. Cree que aún se puede despertar la emigración dormida, coleccionar fondos para la adquisición de material de guerra, y el Dr. Figueredo, por el contrario más realista de la situación, con su ojo avizor previendo el estado ambiental, trataba de convencer a Maceo de que era estéril su intento.

Nada logró el médico sobre el carácter de Maceo. Él había nacido para luchar por la independencia de Cuba o morir por ella. Tenía que realizar el esfuerzo supremo para mantener en alto la bandera de la Protesta de Baraguá.

Y sin noticias de Cuba, desconociendo lo que estaba sucediendo en la manigua cubana, embarcó el General Maceo, acompañado del Dr. Félix Figueredo en el vapor «Atlas» desde Kingston rumbo a la ciudad de Nueva York, lleno de esperanzas de lograr unificar las fuerzas dispersas de la emigración en favor de la independencia de Cuba.

«El 8 de junio de 1878, recibe Maceo comunicación del Presidente Calvar dándole cuenta de los acuerdos del Consejo de Gobierno, tomados en Loma Pelada los días 21 y 28 de mayo de disolver y dar por terminada la guerra.»¹

La noticia causó honda preocupación a Maceo. No podía ser. Cómo era posible ello. Una vez más tuvo que darle la razón al Dr. Figueredo que con visión de futuro y profundo observador de los hechos y de los hombres hubo de anticiparle a Maceo el final de la Guerra de los Diez Años, no por falta de valentía, ni de heroísmo, ni de patriotismo del

¹ Franco, José Luciano. Obra citada, p. 30

pueblo cubano, sino por cansancio, por falta de recursos, además había influido extraordinariamente la política divisionista realizadas por algunos jefes con sus excesos regionalistas, por su afán de mando, por su personalismo.

«El 16 de junio de 1878, reunidos en la casa No. 19 West 9 Street,, el General Maceo dio cuenta de las noticias recibidas del Gobierno Provisional de la República de Cuba, y da por terminado su misión.»²

Aquella decisión de Maceo fue la hora triste para los cubanos que lo seguían con fidelidad absoluta. Tenía que esperar otros tiempos. La Guerra de los Diez Años había terminado, pero era una tregua para incorporar nuevos elementos a la lucha por la independencia patria.

Aquel día fue una fecha aciaga para la historia de Cuba. La única esperanza estaba en el brazo impetuoso de Maceo o en el genio militar de Máximo Gómez. Pero estos dos caudillos no se habían visto en Jamaica. Cuando Maceo llega a Kingston ya el General Gómez se encontraba en Honduras.

El Dr. Félix Figueredo informó a su esposa de la última noticia de Cuba y la retirada de Maceo de la lucha activa. Micaela del Castillo, que conocía mejor que nadie el carácter de su marido, no le hizo comentario alguno. Ella había luchado sola para sostener a su prole durante ocho años consecutivos. Ahora serían dos para rehabilitar sus vidas y continuar protegiendo la existencia de sus hijos.

El Dr. Figueredo, como tenía por costumbre ante los grandes acontecimientos, se encerró en un mutismo absoluto. No hablaba, pensaba solamente. Realizó un autoanálisis de su vida pasada. Pensaba que la guerra había durado diez años y había dejado un gran saldo de sangre y de lágrimas a su paso asolado por la fatídica muerte de los que cayeron en los campos de batalla o los que fueron fusilados, como sus hermanos. Entraba en razonamientos y analizaba la propia actitud de algunos jefes cubanos que se dividieron en bandos llenos de ambiciones, quisieron cargos antes de conquistar la independencia para convertirse en caciques o futuros dictadores. Eran ambiciosos de mando y bajo la bandera de un espíritu regionalista no querían comprender la significación de lo que era y pretendía ser la Revolución Cubana.

—En la Guerra de los Diez Años —se decía a sí mismo el Dr. Figueredo— lo único que hemos conquistado es la abolición de la esclavitud.

² Franco, José Luciano. Obra citada, p. 39.

Este concepto fue repetido por Antonio Maceo en carta a Máximo Gómez el 6 de febrero de 1880, cuando le decía: «el Convenio del Zanjón (lo único bueno que hizo) dio libertad a más de 16 000 hombres esclavos».

Y afirma el historiador Emilio Roig de Leuchsenring: «en efecto los revolucionarios cubanos llevaron al *Pacto del Zanjón* los ideales anti-esclavistas contenidos en el artículo 24 de la Constitución de Guáimaro, logrando con ello abolir primero y derrumbar después, definitivamente, la odiosa institución de la esclavitud negra, firmísimo puntal del régimen colonial español en Cuba, y la no menos repugnante de la esclavitud china, disfrazada hipócritamente bajo la denominación de “contratación de colonos asiáticos”, ya que España al comprometerse a dar “libertad a los colonos asiáticos y esclavos que se hallen hoy en las filas insurrectas” se ataba irremediabilmente al compromiso de abolir por completo la esclavitud; pues era una contrasentido que gozaran de libertad los negros y chinos rebeldes y continuaran esclavos los negros y chinos leales a España. Y ésta, el 13 de febrero de 1880, tuvo que decretar la ley que abolía por completo la esclavitud en la Isla de Cuba. A los libertadores cubanos, a la Revolución del 68 debían pues, una vez más, luego de Guáimaro, en el Zanjón, los hombres de color de Cuba su libertad y la proclamación de igualdad con los blancos».³⁰⁰

Después el Dr. Figueredo entró en el análisis de las emigraciones y observaba la total desunión existente en Jamaica y en Nueva York, comprendió el estado de extenuación y cansancio que había en todos los combatientes. Como hombre de resoluciones firmes después de este autoanálisis de la Guerra de los Diez Años y sin preocuparse en nada de los sacrificios personales sufridos por él y a los que sometió a su familia, comprende que tiene necesidad de rehacer su vida.

El General Maceo a quien se encontraba ligado tan íntimamente le dice que proyectaba marchar para Kingston donde iba a reorganizar su vida civil, con la ayuda de sus hermanos Tomás y Marcos, donde tratará de fomentar una plantación de tabaco y de frutos menores con cuyo producto pensaba solventar las necesidades de su familia.³⁰¹

El Dr. Figueredo decide también hacer un paréntesis en la lucha y rehabilitar su vida. Trató de revalidar su título de médico en la ciudad

³⁰⁰ Roig de Leuchsenring, Emilio. «La Guerra Libertadora Cubana de los Treinta Años.» Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana, 1958, pp. 77 y 78.

³⁰¹ Franco, José Luciano. Obra, citada, p. 40.

de Nueva York, pero no hablaba el idioma. Su hijo Carlos era el intérprete tanto de él, como de Maceo en todas las entrevistas. Él consideró que eso era un inconveniente vital para ejercer la medicina en esa ciudad y desestimó la idea. No podría ejercer en los Estados Unidos. Solamente podría ser médico de la colonia cubana y ésta era muy reducida en aquella época.

Figueredo elabora su plan: regresar a Cuba. Ejercerá su profesión en la Habana. Envía a su mujer y a su hija y permanece en Nueva York con su hijo Carlos, esperando las noticias que le envía Micaela de la Habana. Quiere conocer el estado de la ciudad, cómo son tratados los revolucionarios.

Mientras tanto el Dr. Figueredo se entrevista nuevamente con Maceo, le da cuenta de su plan. Proyecta regresar a la Isla de Cuba. Maceo le dice que él va para Jamaica.

—Esperaremos tiempos mejores, —le dice el General Maceo, quien no cesa en su afán de libertar a Cuba de la dominación española—.

Durante la entrevista el General Maceo se quejaba de un fuerte dolor de muelas. El Dr. Figueredo le aconseja que visite a un dentista para que lo viera y al efecto se encamina a un consultorio de un dentista norteamericano seguido del hijo del médico que actuaba como intérprete.

El Dr. Félix Figueredo notaba cierto nerviosismo e inquietud en el General Maceo. No sabía a qué atribuir la causa. Tal vez a la intensidad del dolor que le producía la muela cariada. Examinada la boca de Maceo por el cirujano dentista éste le indica la necesidad de extraerle la pieza. Tiene una carie tan avanzada que no era posible empastarla.

Pero Maceo ni tardo ni perezoso se levantó del sillón del dentista y de pie dice:

—Vuelvo otro día...

Cuando se encontraban en la calle el bravo entre los bravos, el indómito héroe de cien batallas que no temía a la muerte, temerario siempre iba en primera fila de sus hombres a la pelea y con numerosas cicatrices en su cuerpo de tantas heridas que como condecoraciones tenía, exclamó con una ingenuidad infantil:

—¡Tengo horror a sacarme una muela!³⁰²

³⁰² Anécdota relatada por Carlos Figueredo y del Castillo a su hijo el Dr. Ernesto Figueredo, que precisamente ejercía la profesión de dentista.